

VIVIR EN ALMAGRO

Quienes visitan Almagro observan que esta ciudad, aunque pequeña y no rica, es hermosa y depurada. Paseando por sus calles ven que todo en ella posee la reservada medida de la elegancia verdadera. Su arquitectura típicamente manchega, cuyo estilo los sucesivos Ayuntamientos parecen haberse esforzado en conservar intacto —¡quiera Dios que los del futuro hagan igual!—, está hecha de sencillez, armonía y rechazo a lo estridente. Y es admirable la consonancia que guarda con el entorno natural hecho de extensas llanuras, suaves colinas y cielo esplendoroso. Esto, sumado al decoro que predomina en sus habitantes, explica que en Almagro se dé una atmósfera en la que el hombre se siente, a la vez que plenamente humano, a tono con el ritmo y la armonía profundos de la tierra y el universo. Agradecemos a las autoridades del pasado y el presente, que han poseído la clara visión y la voluntad necesarias para defenderla de ser invadida por destemplados rascacielos y colorines, que no sólo afean a las urbes, sino que, por una pertinaz acción sobre el subconsciente, terminan deformando las almas de quienes las habitan, al tiempo que les destrozan poco a poco los nervios. ¡Ah, qué bella, sosegada y elegante es la blancura de la cal en esta pequeña, armoniosa y fina ciudad manchega! Gran bendición es, además, que en alguna parte, concretamente aquí, se pueda vivir y pasear tranquilos, sin el riesgo de ser asaltados por maleantes. Esto bastaría, por sí solo, a hacerla placentera.

¿Que las actividades culturales son escasas? Sí, lo son salvo las del festival anual de teatro clásico. Y a las existentes acuden en general poquísimas personas. Quien lo dude dése una vuelta por el «Palacio de los Fúcares» y pregunte allí cuál es la respuesta habitual a los constantes esfuerzos de la Universidad Popular —que en él se halla— expresados en los «viernes culturales», etc. Infórmese, pregunte cuántos han sido los que han visitado la exposición dedicada a Pablo Neruda. Esta, tan bien montada, debería haberse acompañado de un ciclo de charlas, ilustradas con la recitación o lectura de la inmensa obra nerudiana. Pero seguramente, si las hubiese habido, habrían estado vacías de público.



¿Que la única biblioteca abierta a todos, la del Ayuntamiento, es muy insuficiente? Pues sí, lo es. Por una parte, alegra el corazón ver que los chavales y adolescentes suelen repletar el recinto. Por otra, entristece observar que, hambrientos de cultura y conocimiento, se apretujan en un local estrechísimo y que los libros son